



Los aliados liberan Francia: la *épuration* en el mundo de las letras y de las artes

La liberación de Francia en 1944 puso en evidencia los nombres de quienes habían colaborado con el régimen nazi de ocupación. Entre ellos, hubo brillantes intelectuales que habían adherido al ideario totalitario y que tuvieron que responder ante la justicia y la sociedad sobre su actitud política en esos años trágicos.

Por las traductoras públicas María Victoria Pinasco y Liliana Velasco, integrantes de la Comisión de Idioma Francés

Una vez liberada Francia, en el verano de 1944, comienza uno de los períodos más trágicos de su historia, conocido como la *épuration* (depuración). Esta alcanzaba a quienes habían colaborado o tenido amistad con miembros del Gobierno de Vichy o que habían hecho propaganda fascista. Bastaba una simple sospecha para ser detenido e, incluso, ejecutado sin juicio previo, como sucedió durante la primera etapa, llamada la *épuration extrajudiciaire* (depuración extrajudicial).

No escaparon al rigor del Comité de Depuración algunas figuras eminentes de la literatura y de las artes interpretativas. En el caso de los artistas, por el solo hecho de haber trabajado durante la ocupación; en el caso de los escritores e intelectuales, en general, por sus ideas antisemitas y de extrema derecha.

Al respecto, cabe recordar que, en la Francia de los años treinta y principios de los cuarenta, muchos intelectuales procedentes de las clases media y alta comulgaban con el nuevo orden europeo impuesto por el fascismo. Eran los tiempos en que pululaban grupos como *La croix de feu* de Maurice D'Hartoy, una liga política y organización paramilitar de derecha predecesora del partido social francés; y el partido popular francés fundado por el excomunista Jacques Doriot. Ambos frecuentaban a intelectuales partidarios de los regímenes totalitarios, entre ellos, Louis Ferdinand Céline, Alphonse

de Chateaubriant, Henri de Montherlant y Jean Anouilh. Su libro de cabecera era *Socialismo fascista*, del escritor Pierre Drieu La Rochelle.

Muchos se han preguntado si es justo pensar que los escritores colaboraron con el régimen de Vichy, si las palabras son suficientes para condenarlos. Según el historiador Henri Michel, que no tuvo pelos en la lengua al hablar sobre el tema, buena parte de la intelectualidad le dio su voto de confianza al mariscal Pétain e, incluso, algunos, por ejemplo, Paul Claudel, François Mauriac, Paul Valéry y André Gide, no escatimaron elogios a su persona.

Uno de los casos más controvertidos de este aciago período de la depuración fue el del brillante novelista y crítico francés Robert Brasillach. A setenta años de su fusilamiento por órdenes directas de De Gaulle, subsisten interrogantes profundos, quizá insolubles, en torno a su trágico destino.

Brasillach es de alguna manera el símbolo de esa intelectualidad francesa que abrazó el fascismo sin haber renegado jamás de sus ideas. Como editor del periódico pronazi *Je suis partout*, transformado en el principal vocero del régimen durante la ocupación, incorporó a sus páginas textos antisemitas. Algunos especialistas sostienen que fue ejecutado por su elevado coeficiente intelectual y por lo que actualmente llamamos discurso de odio, más que por sus actos. Desde la perspectiva gaulleana, Brasillach tenía

motivos de sobra para firmar su sentencia de muerte, pues, además de ser un pensador lúcido y talentoso, poseía una pluma verdaderamente ponzoñosa.

El juicio comenzó en enero de 1945. Un grupo de intelectuales franceses integrado, entre otros, por Albert Camus, François Mauriac, Paul Valéry y Paul Claudel, presentó alegatos en su favor y una petición de clemencia que fue rechazada por De Gaulle.

A partir del desembarco de los aliados en Normandía, la tensión se fue incrementando para los que no ignoraban que eran un objetivo evidente de la depuración. Algunos optaron por buscar refugio en el extranjero, como Louis Ferdinand Céline, quien en junio de 1944, temiendo por su vida, huyó hacia Dinamarca, donde fue arrestado por orden del Gobierno francés. No se sabe a ciencia cierta si colaboró realmente con los nazis, pero sí que era un acérrimo antisemita, motivo suficiente en esos tiempos para que se lo declarase ciudadano *non grato* en una Francia conmovida por tanta persecución y masacre de seres inocentes.

Alphonse de Chateaubriant, que se hallaba en la lista negra de la Resistencia porque había pertenecido al comité central para el reclutamiento de la Legión de Voluntarios Franceses, decidió llevar vida de ermitaño en un bosque del Tirol austríaco. Georges Simenon, creador del inspector Maigret, había tenido la desgracia de que dos o tres libros suyos fueran llevados a la pantalla por una compañía cinematográfica alemana. Esto le significó un arresto domiciliario de tres meses, transcurridos los cuales fue puesto en libertad sin cargos.

Otros escritores comprometidos prefirieron quedarse en la capital, entre ellos, Pierre Drieu La Rochelle, quien había firmado una declaración a favor de un nuevo gobierno y de la institución de penas severas, incluida la capital, «para todos aquellos que fomentasen la guerra civil o comprometieran la posición europea de Francia». Luego de dos intentos fallidos de suicidio, logró quitarse la vida en 1945.

Ya en el ámbito de las artes interpretativas, las figuras famosas eran sin duda objetivos más visibles que los escritores, si bien eran pocos los que actuaban por idealismo. Se los acusaba no de traición, sino de haber pretendido continuar sus vidas como si nada hubiese pasado. Jean-Louis Barrault, actor y director de cine, argumentó en su defensa que seguir trabajando haciendo caso omiso de los alemanes era una actitud positiva, la única que podía adoptar una persona si no participaba en la Resistencia.

Las fiestas y magníficas recepciones organizadas por los alemanes atraían a toda una serie de estrellas de la escena francesa. La actriz Arletty tenía una razón más poderosa que la simple exposición social para asistir a tales eventos: su amante, con quien se alojaba en el Ritz, era uno de los oficiales de la *Luftwaffe*. Consideraba que no procedía mal, ya que, según sus dichos, separaba el amor a su país del amor que sentía por un hombre. Se sabe además que Arletty utilizó sus contactos con los nazis para interceder por algún amigo judío. Fue detenida a principios de septiembre de 1944 y liberada a los tres meses. Finalmente, cumplió arresto domiciliario durante dieciocho meses.

Otro personaje famoso de la época alcanzado por el Comité de Depuración fue la glamorosa Coco Chanel. En 1940, conoció al oficial o supuesto agente secreto Hans Gunther von Dincklage, con quien convivía en el Ritz cuando fue detenida en septiembre de 1944. Su romance ¿fue amor, espionaje o estrategia? No se sabe, pero sí que fue un motivo suficiente para ser acusada de espía. Se rumoreaba que, para ese entonces, Coco realizaba gestiones para liberar a un sobrino, lo cual la habría llevado a vincularse con von Dincklage. Chanel también presumía de su amistad con Churchill, de allí —se supone— que haya sido él quien intervino para que la liberaran en pocas horas.

La historia del cantante Maurice Chevalier merece un párrafo especial. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en el apogeo de su carrera artística y actuaba a sala llena en el teatro Casino de París. Cuando los nazis ocuparon Francia en la primavera de 1940, Chevalier y su esposa partieron para Dordogne. Con su compañía hacía giras por el sudeste de Francia, en ese momento libre de la ocupación nazi y gobernada por Vichy, hasta que en 1941 regresó a París para hacer una corta temporada en el Casino. Tal vez, presionado por los alemanes y temiendo por la seguridad de su esposa, que tenía documentos falsos. Su postura en contra de la guerra fue interpretada por el periódico *Le petit parisien* como prédica a favor de la colaboración entre franceses y alemanes. Si bien más tarde trascendió que eso había sido obra de la oficina de propaganda alemana, esto no alcanzó para limpiar su nombre. En realidad, no ha quedado del todo claro hasta qué punto Chevalier estuvo involucrado con el régimen nazi; lo que sí se sabe es que fue un admirador incondicional de Pétain, hecho que por sí solo le valió figurar en la lista negra de la BBC de colaboradores notorios, así como también que sus canciones inundaban la muy alemana Radio París. Chevalier tuvo dos gestos de solidaridad para con Francia: accedió a donar sus ganancias del teatro Casino a los prisioneros de guerra franceses y cantó en el campo donde él mismo había estado prisionero durante la Primera Guerra Mundial, ello a cambio de que diez reclusos fueran liberados y con la condición de que no hubiera ninguna publicidad al respecto. Lamentablemente, un periódico de Londres reportó el hecho, pero plagado de información incorrecta: se anunciaba que había cantado por toda Alemania, con excepción de los campos de prisioneros, y concluía que Chevalier era pronazi. Sometido a juicio, finalmente, fue absuelto.

El caso de Chevalier siempre habrá de generar sospechas, aunque servirá en todo caso para poner en evidencia el dilema shakespeariano al que fue arrastrado por la fuerza de las circunstancias. Chevalier, al igual que el resto de la humanidad, no pudo evitar quedar enredado en la crisis política.

Han pasado más de setenta años desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y el hombre aún no ha aprendido de la historia. Sigue inevitablemente enfrentado a fanatismos a ultranza sin distinción de credo o ideología, como los que vemos en nuestros días.

Parecería que el «nunca más» será por mucho tiempo una de las tantas asígnaturas pendientes de la humanidad. □

